

Hacia un Verdadero Diálogo

Lic. Rafael Preciado Hernández

Hacia la Unidad y la Esperanza

Lic. Manuel González Hinojosa

324.2
E352c
No. 5
EJ.3

**Ediciones de Acción Nacional
México
1976**

Estado de Veracruz
México

El presente es un documento

que se otorga en virtud
de la Ley de

el Poder Judicial

En fe de lo cual se expide

este

certificado

CEDIS
Centro de
Documentación e
Información Sobre el



Hacia un Verdadero Diálogo

Lic. Rafael Preciado Hernández

Hacia la Unidad y la Esperanza

Lic. Manuel González Hinojosa

324.2

E3520

No. 5

Ej. 3

ADVERTENCIA

A no dudar, los dos discursos que a continuación publicamos serán de firme orientación para todos los miembros del Partido Acción Nacional.

Magistrales ambos, el del maestro Preciado Hernández, con toda la autoridad de su saber catedrático y la de su larga experiencia en el Partido que él ayudó a fundar, vindica y abriganta la norma de oro de la convivencia social y constituye una fervorosa convocatoria para todos los panistas de buena voluntad. Y el del actual Presidente Nacional del Partido sitúa Acción Nacional en la clara línea recta de su misión histórica, pone al descubierto las raíces de su problemática interna, tipifica las desviaciones afortunadamente frenadas y abre cauces a los impulsos caudalosos hacia la unidad y la esperanza.

Dirigidos a los Consejeros Nacionales, en su sesión del 21 de diciembre pasado, que conoció de la renuncia del Lic. Efraín González Morfín a la Presidencia del Partido y designó al nuevo y actual Presidente y al Comité

Ejecutivo Nacional, estos dos breves discursos nos han parecido de tan saludable lectura para todos nuestros compañeros del Partido, que con su publicación abrimos nuestro año editorial y continuamos —con este No. 5 de la Colección Especial— las Ediciones de Acción Nacional.

México, Enero 6 de 1976.

**La Comisión Editorial del
Comité Ejecutivo Nacional.**

Hacia un Verdadero Diálogo

Palabras del Lic. Rafael Preciado Hernández, en la apertura de la Sesión del Consejo Nacional de Acción Nacional celebrada el domingo 21 de diciembre de 1975.

Señores Consejeros:

He pedido que me permitan dirigirles unas palabras, que realmente representan un atrevimiento de mi parte, por lo cual, desde luego, les ruego me disculpen tomando en cuenta la forma como se han desarrollado algunas de las reuniones anteriores. Sé que me estoy dirigiendo a los Consejeros de Acción Nacional; por eso les pido que me disculpen, porque no es que yo piense que los Consejeros de Acción Nacional no saben o no toman en cuenta esto que me propongo decirles. De todas maneras que sirva de recordatorio y principio de esta reunión de Consejo. Les ruego encarecidamente que por el bien de México todos nos esforcemos en esta reunión, en esta sesión de Consejo, por seguir aquellas directrices tan sabias y que parece que, en reuniones anteriores, no se siguieron, y que señalara en sus "Diálogos con Pablo VI", uno de los miembros de la Academia Francesa, Jean Guitton. El diálogo que se pregona tanto, pero que en realidad muy poco se practica,

dice Guitton, —y en esto lo secunda Paulo VI— no es una confrontación, y mucho menos hostil; tampoco es una polémica, ni mucho menos una discusión con miras a que uno de los interlocutores sea el vencedor, o gane, como vulgarmente se acostumbra decir.

El diálogo es una búsqueda entre los interlocutores, sobre lo que, en el caso concreto, se dialoga; es una búsqueda de la verdad, entre varios. Por eso en el diálogo no hay vencedores ni vencidos. Lo único que vence es la verdad, cuando es descubierta.

Por eso también en el diálogo se comienza por escuchar —esto que tan pocas veces se hace entre personas que tienen opiniones divergentes—; pues más bien se oye algo de lo que dice el opositor y luego se piensa cómo rebatirlo. Se debe empezar por escuchar y por escuchar, dice Pablo VI, con simpatía, sin prejuicios, con caridad; porque siempre en la opinión de un interlocutor hay un poco de verdad; inclusive, cuando se yerra, en el mismo error hay un fondo de verdad. Es necesario entonces el diálogo proponiendo los afinamientos que deben hacerse a una tesis o a una opinión.

Creo que esta idea, expresada en ese libro que nos regaló a todos los miembros de la XLVII Legislatura nuestro estimado Jefe Adolfo Christlieb Ibarrola (aplausos

prolongados); en ese libro extraordinario, especialmente en el capítulo del diálogo sobre el diálogo, está la base del entendimiento entre seres humanos.

Es, pues, un ruego encarecido el que me permito hacerles: que en este Consejo no se vayan a repetir las cosas lamentables que han ocurrido en recientes reuniones de nuestro Partido. Aquí, los Consejeros, al dialogar sobre este problema tan serio que tenemos ante nosotros, debemos recordar que hemos contraído un gravísimo compromiso ante el pueblo de México: presentarle con claridad, con sencillez, una opción que no sea simplemente el sometimiento al criterio de un candidato oficial. Para eso es necesario que obremos con suma cordura. Siempre nos ha ayudado la Morenita del Tepeyac, y creo que también en esta ocasión nos ayudará (largos aplausos). Pero tenemos que poner de nuestra parte mucho más de lo que hemos puesto en otras ocasiones, porque la coyuntura es difícil, es grave. Sería lamentable que de esta sesión no saliéramos todos unidos firmemente en las convicciones que han representado la esencia misma de nuestro Partido, que como auténtico partido de oposición no es sino eso: una comunidad de convicciones sobre los problemas fundamentales de la patria. Esto es lo que importa ahora: que nuestra convicción salga fortalecida, porque hayamos llegado a ella por ese camino del auténtico diálogo entre mexicanos, ya

que estoy cierto de que todos los aquí presentes queremos "UNA PATRIA ORDENADA Y GENEROSA Y UNA VIDA MEJOR Y MAS DIGNA PARA TODOS".

No quiero terminar estas palabras sin hacer un reconocimiento a este joven dirigente, patriota, que ahora funge, por necesidad, como presidente interino de nuestro Partido. Realmente hay que admirar con qué sencillez, con qué inteligencia ha podido asumir ese cargo tan difícil cuando presentó su renuncia nuestro Jefe Efraín González Morfín. (Aplausos prolongados). Para él, nuestra profunda gratitud; y también para estos Consejeros admirables que vienen desde tan lejos, desde los rumbos más alejados de nuestra patria. ¿Y por qué no también para algunos de los aquí presentes que radican en el Distrito Federal, que ponen todo lo que está de su parte para servir a México a través de nuestro Partido, como un Raúl Velasco Zimbrón, que nunca está ausente en estas reuniones en las que se tratan los problemas fundamentales de nuestro Partido y de México?

Señores, perdonen que no me refiera a otras personas, como José González Torres, Alfonso Ituarte, y a todos los que tanto han hecho por nuestro Partido. Recordemos también a nuestros queridos ausentes, presentes siempre en nuestras reuniones: a Don Manuel Gómez Morín, a Don Efraín González Luna, a Don Francisco García

Sáinz, y a tantos y tantos que han contribuido para crear este instrumento único en la historia de México, al servicio de nuestro pueblo. Porque no ha habido en la historia de México un solo partido como el nuestro capaz de subsistir durante 36 años, siempre en la línea recta de un ideario que no se han atrevido a impugnar nuestros adversarios políticos, y que no podemos impugnar sino presentando algo mejor, quienes militamos en las filas de Acción Nacional.

Muchas gracias.

(Prolongadísimos aplausos).

Hacia la Unidad y la Esperanza

*Discurso pronunciado por el
Lic. Manuel González Hinojosa,
al tomar posesión de la
Presidencia de Acción Nacio-
nal, en la sesión del Consejo
Nacional celebrada el domingo
21 de diciembre de 1975.*

Después de la renuncia presentada por ese gran Jefe que fue Efraín González Morfín, al que jamás tendremos palabras suficientes para agradecerle su esfuerzo, para el que, en nuestra conciencia, jamás tendremos suficientes palabras de reproche a nosotros mismos por no haber sabido aprovecharlo en toda su capacidad intelectual y de servicio... (aplausos prolongados); renuncia angustiada como estábamos todos, ante la situación del Partido, gravísima, ante una crisis más que parecía que no tenía un principio de solución, algunos amigos pensaron en que yo podría asumir la Jefatura, por segunda vez, en estos momentos críticos.

No esperaba ni deseaba, en ninguna forma, tener que asumir ahora la responsabilidad de llevar adelante, por el buen camino lo que nos hemos propuesto realizar en Acción Nacional. Sé que, al mismo tiempo que a mí, se lo propusieron a otras muchas personas, otras personas que no pudieron o no

se sintieron obligadas, en una forma clara, frente a esta responsabilidad.

Yo tengo muchas limitaciones; no creo tener toda la fuerza y todo el poder en mis manos para salvar al Partido en estas condiciones críticas; pero me sentí obligado a dar todo lo que tengo para hacerlo (aplausos).

Acepté mi postulación condicionada, condicionada por causas de estricta razón de eficacia mínima. Manifesté que yo solamente estaría dispuesto a aceptar, si una mayoría significativa del Consejo pensaba que yo podría ser elemento de unidad, de concordia, de trabajo orgánico, de vida institucional en el Partido; que, de otra suerte, ni yo ni ningún otro miembro del Partido podría realizar una tarea eficaz, una tarea con el mínimo de posibilidades para realizar el enorme trabajo que se tiene que hacer ahora aquí, adentro, y frente a las exigencias nacionales. No era un dato de vanidad el de pedir un apoyo mayoritario claro y decisivo; era requisito *sine qua non* para poder hacer, con un mínimo de eficacia, cualquier tarea en bien de Acción Nacional.

Ahora nos encontramos en este marco maravilloso al que se refería el maestro Preciado, tratando de encontrar el sentido real del diálogo, con el ejemplo de esos estupendos diálogos de Guitton con Paulo VI,

sobre tantos temas, pero, sobre todo, sobre el tema mismo del diálogo. Tratemos de dialogar, de iniciar esta nueva etapa en el Partido, en donde no podemos esperar milagros, aún cuando este día ya puede ser el principio del milagro de lo que puede ser Acción Nacional... (aplausos entusiastas), del milagro que realicemos unidos. En el marco también —debemos decirlo en forma clara y categórica—, en el marco de los hechos y las cuestiones que plantea la carta de renuncia de Efraín, que es uno de los grandes jalones del pensamiento dentro del Partido para hacer posible la vida institucional del mismo; es, al mismo tiempo, estar preocupados profundamente, preocupados hasta lo más hondo del pensamiento y del corazón, en la constante definición ideológica y doctrinaria porque es, en última instancia, en el pensamiento de Acción Nacional en donde se da la alternativa que podemos presentar al pueblo de México. Y, por el otro lado, la angustia permanente de poder hacer de Acción Nacional una auténtica institución política, por supuesto, con verdadera vida orgánica institucional en nuestras filas; vida institucional que se había venido deteriorando, sobre lo que debemos reflexionar y conocer sus causas.

Estamos dando los primeros pasos para la concordia, para el diálogo, para podernos entender con buena fe y con buenas intenciones dentro de Acción Nacional; pero esto no quiere decir que ya esté, por obra de

magia o por milagro, sanado totalmente el Partido. Debemos de analizar, con sinceridad, con realismo, cuáles han sido las causas por las que hemos llegado hasta el límite en que parecía que se perdía la naturaleza misma de Acción Nacional, que no entendíamos cómo realizar el bien común del Partido y el bien común de México y que no sabíamos cómo cumplir con la misión histórica que nos echamos auestas. Necesitamos analizar esas causas.

Objetivamente, creo —y sin tratar de hacer historia pormenorizada ni remota, sino simplemente de los antecedentes más inmediatos—, creo que se parte de una elección conflictiva de Efraín, como Jefe del Partido. Se organiza una oposición bien orquestada, bien instrumentada, con instrumentos muy variados, como estrategia, para llegar a la Dirección del Partido, dirigida por el Jefe anterior que pide su reelección, reelección que es, en sí misma una aspiración válida y, por supuesto, justificada; pero, la elección conflictiva de Jefe se instrumenta también a través de una serie de medios que van desde la sustentación de una política populista (—permítaseme que, sin tratar de ofender a nadie, sin tratar de romper la iniciación del diálogo; sólo por exigencias de objetividad y de realismo, para conocer cuáles pueden ser los caminos de salvación, de depuración definitiva del cáncer que nos estaba corroyendo, permítaseme la libertad de usar expresiones de

este tipo, para mayor claridad—), política populista para fuera y política populista para adentro. Para adentro, frecuentemente sufríamos enfrentamiento, por ejemplo, de las infanterías contra los altos dirigentes del Partido; de los jóvenes, en una fingida lucha generacional, contra los viejos que militamos en el Partido; de las clases de determinada posición social o económica, contra los que no tienen esa posición social o económica; un cúmulo de ideas diseminadas a todos los niveles de organización del Partido, por medio de las cuales se hacía aparecer una jerarquía desprendida de las infanterías, de la base misma de sustentación del Partido, queriendo imponerse, cerrada a todo cambio, a todo acceso de las infanterías a los puestos directivos.

Afuera, era la postulación un poco demagógica, populista, de causas que podrían cuestionarse seriamente, según los principios y la doctrina de Acción Nacional; algunas posturas que trataban de halagar a las masas populares, a la ciudadanía de tipo medio o de tipo bajo, sin pensar en la trascendencia de esta posición o si se vulneraban nuestros principios, si era válida de acuerdo con nuestra posición doctrinaria e ideológica. Por otra parte, se postuló un candidato a la Presidencia como una instrumentación más para pelear los puestos directivos dentro del Partido, un candidato a la Presidencia de la República que ha obrado en los términos que ustedes conocen

y que no es necesario repetir. Postulación perfectamente lícita; aspiración del candidato, perfectamente lícita; los medios, la instrumentación de la campaña era lo que estaba rompiendo, en un momento dado, el orden institucional, el orden estatutario, no precisamente por violación de tal o cual artículo, sino más bien por violación del espíritu de las disposiciones estatutarias. En este sentido, se hablaba en el Consejo anterior de cierto fraude a la ley interna, no fraude en el sentido penal, sino en el de torcer la interpretación de los Estatutos para sacar determinada consecuencia.

El ataque a los dirigentes era otro instrumento. Se decía: "Queremos nosotros los puestos de dirección del Partido". Y cuando se preguntaba ¿por qué? Se contestaba obviamente: "Por ineficacia de los dirigentes".

Es lícito que se juzgue dentro del Partido, si los órganos directivos, si el responsable de la Dirección del Partido, en un momento dado, es eficaz o es ineficaz; lo que no es lícito es hacerlo fuera de los órganos directivos del Partido, muchas veces en asamblea de la membresía del Partido, en las que se atacaba personalmente y como institución a los dirigentes y a los órganos directivos del Partido, naturalmente, con la consiguiente respuesta de desconfianza, de duda de los militantes y de los directivos inferiores o de tipo medio, que no

podían tener confianza en los dirigentes, cuando otros dirigentes de alto nivel estaban cuestionando la aptitud y la honestidad de los dirigentes en funciones.

La división de la Diputación, división inexplicable desde todos los puntos de vista. Veinticinco Diputados, no siempre bien preparados para poder luchar contra el enemigo que se tiene enfrente. Nadie, ninguno de nosotros de los que somos actualmente Diputados o de los que han sido en otras épocas, puede decir que son parlamentarios intachables, capaces para ser los mejores expositores de nuestras tesis en la Cámara o para defender los intereses de México. Es un papel extraordinariamente difícil y, cuando el Partido quería dar directrices a la Diputación, para que fuera realmente la representación de la línea política externa del Partido, el foro donde se estaban exponiendo nuestras tesis, se contestaba que "no tenía derecho el Comité Directivo a señalar esas grandes directrices; que, en realidad, lo que pasaba era que los órganos directivos no tenían confianza en los Diputados". Y así se sembró la semilla de división en la Diputación. Parte de los Diputados, en contra del Comité Ejecutivo Nacional. Un ataque a la institución, indiscutiblemente.

El cuestionamiento, algunas veces directo y otras veces indirecto de principios de doctrina o de tesis ideológicas, aparentando que hay discrepancias de fondo, no expresas,

no dichas, pero que se sugieren, tendía a establecer que había un cambio en la Dirección del Partido, que apuntaba francamente hacia la izquierda, hacia un socialismo de tipo comunista o hacia no sé qué ideas en pugna con la doctrina del Partido.

Y todas esas cosas, sembradas a todos los niveles, crearon una serie de problemas, de enfrentamientos personales, de dudas respecto a la aptitud y a la honestidad de los dirigentes y dieron lugar a otras muchas consideraciones.

Por otro lado, frente a este sector que constituye una oposición sistemática, yo encuentro, señores —y perdónenme que se los diga, no tengo el ánimo de ofender—, una mayoría o un sector inorgánico, sin unidad y sin cohesión, reticente en muchos aspectos, aún para el Jefe al que habían llevado a la Presidencia del Partido; perdidos muchas veces en discrepancias menores, muchas veces, muy personalistas, muchas veces, muy puristas, de acuerdo con la interpretación de los Estatutos, de la doctrina o de principios éticos; sin dirección y sin decisión, básicamente, por falta de promoción, de propaganda y por cierta atomización de la voluntad general. Hay en este sector, evidentemente también, una radicalización en ciertas posiciones y juicios que tampoco le hacen bien al Partido.

Debemos modificar la oposición siste-

mática a que me refería antes y también las posiciones radicales extremas, intransigentes, porque en esos términos no se puede llegar al diálogo, con todo el sentido profundo que nos señalaba el maestro Preciado, y no puede haber concordia y amistad entre nosotros.

¿Cómo se desarrolla la Jefatura de Efraín? Diría yo que angustiosamente, entre Escila y Caribdes; por una parte, preocupación visceral de hacer una redefinición, en el buen sentido de la palabra, de los Principios de Doctrina del Partido, un desarrollo de los principios hasta sus últimas consecuencias, esfuerzo intelectual brillantísimo al cual se dedica apasionadamente y, por la otra parte, ¿qué encuentra en respuesta? Incomprensión: "es el teórico, es el intelectual, no entiende el juego político, no le entendemos nosotros, no es práctico, le faltan cualidades como Jefe"... ¿cuando tenía la principal: era el abanderado del pensamiento de Acción Nacional que estaba trabajando sobre los principios, luchando por definir posiciones, aclarar ideas, porque no hubiera confusión respecto de lo que somos y la alternativa que representamos ante las otras alternativas de México; fidelidad al pensamiento original de treinta y nueve, fidelidad al pensamiento de sesenta y cinco, fidelidad a sí mismo, en su pensamiento entrañable, de avanzada, sí, pero de avanzada dentro de la ortodoxia doctrinaria de Acción Nacional! (Aplausos).

Por otro lado, la preocupación no menos entrañable y visceral de Efraín: “es necesario que no hagamos capillitas y grupos, es necesario que entendamos a Acción Nacional como una institución política, como un Partido político en el cual la comunidad es básicamente la comunidad de principios doctrinarios y de destino; necesitamos pensar en el Partido desde el punto de vista institucional, y no puede haber institución que opere anárquicamente al margen de los Estatutos o en fraude a los Estatutos”. Y de ahí, las resoluciones en defensa de sus dos posiciones fundamentales: por una parte, del pensamiento de Acción Nacional y, por otro, de la vida institucional del Partido. Y, frente a esto, que, además, hay que reconocerlo también, lo propugna no en el cómodo sillón de la Presidencia del Partido —si puede ser cómodo ese sillón—, no dentro de las cuatro paredes del Comité Ejecutivo Nacional, sino cruzando toda la República en estos nueve meses y visitando el mayor número de Comités que ha visitado un Jefe Nacional en ese tiempo; mientras que él pensaba en estas cosas trascendentes y no se detenía en las pequeñeces de problemas administrativos, tácticos o estratégicos, sino en lo esencial, por el otro lado, sus opositores sí usaban muchas tácticas, muchas estrategias, muchas fórmulas para cambiar al Partido; pero ¿para qué?, ¿qué era lo que realmente querían? No lo sabemos. Al terminar este Consejo, señores, yo los voy a invitar en la forma más cordial,

para que aquí, en el pleno del Consejo, para que en el despacho de la Jefatura, los Consejeros que quieran me digan, en verdad de verdades: "queremos esto, estos cambios fundamentales en Acción Nacional, estos cambios esenciales". Y, cuando se estudien posibilidades de cambio que piensen si representan realmente el sentir mayoritario del Partido, si son esenciales y trascendentales, de tal manera que de no realizarse, no puedan seguir en el Partido. Que piensen cuál sería la actitud racional: destruir esto porque no triunfan sus ideas de cambios o, en todo caso, conformarse con ser minoría y disciplinarse, o bien, si son cosas esenciales de las que no puedan prescindir, dejar al Partido. (Aplausos).

Obviamente la renuncia de Efraín se produce porque no puede, frente a esta oposición sistemática, un tanto cuanto incoherente, contradictoria y destructora, mantener al mismo tiempo la preocupación por las cosas fundamentales, atender las quejas, contestar los insultos, hacer los cambios tácticos y la serie de cosas que se le estaban exigiendo, además de soportar el deterioro, también sistemático, que se hizo de su personalidad como Jefe. Si Efraín no aguantó —algunos piensan que por exceso de dignidad—, yo les puedo asegurar que no hay jefe que aguante esa situación y en clima de este tipo.

Si ahora hemos dado el primer paso de

concordia y tenemos esperanza de podernos fundir en nuestra comunidad de principios y de destino, si pensamos que podemos realizar la unión, debemos dar los pasos subsiguientes en el diálogo y en la concordia, para evitar que se sigan produciendo las mismas situaciones que obligaron en un momento dado, a Efraín a renunciar.

Llegamos en este momento a la cresta de la crisis y, para sorpresa mía y de muchos, gratísima por cierto, de la que no puedo menos de dejar un testimonio ante ustedes y dar en lo personal gracias a Dios, porque se ha dado el primer paso para la iniciación del diálogo y de la concordia, he resultado electo por unanimidad, tal vez por ser nada más el más aguantador. Pero pienso que la unidad no sirve si es nada más para ahora. Unidad, en lo esencial, por supuesto; no estoy pidiendo adhesiones incondicionales ni estoy exigiendo el sometimiento de hombres libres (aplausos). Somos hombres libres, sí, discrepantes, sí; pero que debemos mantenernos unidos en lo esencial, sintiendo que el Partido somos todos esa comunidad de principios, que tenemos un alto destino que cumplir y que tenemos una misión histórica para México; que, de no entender eso así, no entendemos el bien común del Partido, ni el bien común de México, ni nuestra misión histórica.

No se trata de Manuel González Hinojosa, entiendan bien; de ninguna persona,

en particular; no se trata de nadie para darle su apoyo incondicional. Los absolutismos, los deísmos, cuando se trata de simples pecadores común y corrientes, no se dan en nuestro Partido. Debemos de ser discrepantes, debemos plantear nuestras discrepancias ante los órganos competentes, abiertamente, y ser muy cuidadosos, muy sensatos, muy celosos de no destruir afuera lo que tanto trabajo nos ha de costar construir adentro. (Aplausos muy prolongados).

No puedo prometer nada: que voy a hacer el milagro de restañar instantáneamente, todas las heridas, restablecer completamente el orden institucional, atinar en cuanto decisión tome, no errar. No puedo prometerlo. La comunidad, presidida necesariamente por órganos directivos, que cuiden el orden interno y coordinen la actividad política, la comunidad es la responsable de lo que aquí sucede y de lo que suceda en el futuro en el Partido; somos todos nosotros, pero, en serio, desde ahora y para los momentos subsecuentes, sin decir "ya encontramos al chivo expiatorio que aceptó ser eso, ya tenemos una cabeza de turco" a la que podemos tirarle. Prometo dar todo lo que tengo, lo mejor de mí; pero no soy masoquista, no voy a esperar que me hagan pedazos, que tirios y troyanos me consideren carne propicia para cortar y yo me quede tan tranquilo. En ese caso volveré a convocar al Consejo para decirles: "no se

cumplió con el acuerdo esencial del Consejo, con la unidad, la concordia, y la firme decisión de trabajar unidos”.

Tenemos toda una problemática interna, y una problemática externa, gravísima; estamos emplazados a una Convención Nacional en la que hemos de postular candidato a la Presidencia de la República. ¡Que no se repita otra vez lo de la Convención pasada ni todo lo que ocurrió en estos nueve meses! ¡Que no se forme otra vez una oposición sistemática muy bien orquestada y dejemos solo al pobre que tiene que resolver en la Presidencia del Partido todos los conflictos y dirigir al Partido!

Señores, por lo demás, un mensaje de esperanza; de esperanza y de fe en lo que todos, unidos, podemos hacer por Acción Nacional.

Se terminó de imprimir en los talleres de
Imprenta Mexicana, Sor Juana Inés de la Cruz
202, México 4, D.F., el día 9 de enero de 1976.

Colección Especial —

5

